



NARN I CHÎN HÚRIN

La historia de los hijos de Húrin

J.R.R. Tolkien

Editado por Christopher Tolkien

Ilustrado por Alan Lee

minotauro

INTRODUCCIÓN

La Tierra Media en los Días Antiguos

El personaje de Túrin tenía una profunda significación para mi padre y, con unos diálogos directos y ágiles, logró un retrato conmovedor de su infancia, esencial para el conjunto: su severidad y falta de alegría, su sentido de la justicia y su compasión; también de Húrin, listo, alegre y optimista, y de Morwen, su madre, reservada, valiente y orgullosa; y de la vida de la casa en el frío país de Dor-lómin durante los años, ya llenos de miedo, después de que Morgoth acabara con el Sitio de Angband, antes del nacimiento de Túrin.

Pero todo esto tuvo lugar en los Días Antiguos, la Primera Edad del mundo, en una época inconcebiblemente remota. Lo muy antigua que es esta historia queda reflejado, de manera memorable, en un pasaje de *El Señor de los Anillos*. En el gran concilio de Rivendel, Elrond habla de la Última Alianza de los Elfos y los Hombres y de la derrota de Sauron al final de la Segunda Edad, más de tres mil años antes:

En este punto, Elrond hizo una pausa y suspiró.

—Todavía veo el esplendor de los estandartes —dijo—. Me recordaron la gloria de los Días Antiguos y las huestes de Beleriand, tantos grandes príncipes y capitanes estaban allí presentes. Y sin embargo no tantos, no tan hermosos como cuando destruyeron Thangorodrim, y los Elfos pensaron que el Mal había terminado para siempre, lo que no era cierto.

—¿Recuerda usted? —dijo Frodo, asombrado, pensando en voz alta—. Pero yo creía —balbuceó cuando Elrond se volvió a mirarlo—, yo creía que la caída de Gil-galad ocurrió hace muchísimo tiempo.

—Así es —respondió Elrond gravemente—. Pero mi memoria llega aún a los Días Antiguos. Eärendil era mi padre, que nació en Gondolin antes de la caída; y mi madre era Elwing, hija de Dior, hijo de Lúthien de Doriath. He asistido a tres épocas en el mundo del Oeste, y a muchas derrotas, y a muchas estériles victorias.

Unos seis mil quinientos años antes de que se celebrara en Rivendel el Concilio de Elrond, Túrin nació en Dor-lómin, «en el invierno del año», como se recoge en los «Anales de Beleriand», «con tristes presagios».

Pero la tragedia completa de su vida no está comprendida sólo en el retrato del personaje, porque fue condenado a vivir bajo la maldición de un poder enorme y misterioso, la maldición de odio que Morgoth arrojó sobre Húrin y Morwen y sus hijos, porque Húrin lo desafió y se negó a cumplir su voluntad. Y Morgoth, el Enemigo Negro, como llegó a ser denominado, era en su origen, como declaró a Húrin, llevado cautivo ante él, «Melkor, el primero y más poderoso de todos los Valar, que existió antes del mundo». Ahora, permanentemente encarnado en la forma de un rey gigantesco y majestuoso, pero terrible, en el noroeste de la Tierra Media, habitaba su enorme fortaleza de Angband, los Infiernos de Hierro: el hedor negro que salía de las cumbres de Thangorodrim, las montañas que colocó sobre Angband, podía verse desde lejos ensucianando el cielo septentrional. Se dice en los «Anales de Beleriand» que «entre las puertas de Morgoth y el puente de Menegroth no había

más que ciento cincuenta leguas: una distancia larga, pero aún demasiado corta». Estas palabras se refieren al puente que conducía a las moradas del rey élfico Thingol, que adoptó a Túrin como hijo. Éstas eran conocidas como Menegroth, las Mil Cavernas, lejos al sur y el este de Dor-lómin.

Pero al estar encarnado, Morgoth tenía miedo. Mi padre escribió de él: «Mientras crecía en malicia y daba al mal que él mismo concebía forma de engaños y criaturas malignas, su poder pasaba a ellas, y se dispersaba, y él estaba cada vez más encadenado a la tierra, y ya no deseaba abandonar las fortalezas oscuras.» Por eso, cuando Fingolfin, rey supremo de los Elfos Noldorin, cabalgó solo a Angband para desafiar a Morgoth a un combate, gritó a la puerta: «¡Sal, rey miedoso, para luchar con tus propias manos! ¡Morador de cavernas, señor de esclavos, mentiroso y falso, enemigo de Dioses y Elfos, sal! Porque quiero ver tu cara de cobarde». Entonces (se cuenta) «salió Morgoth, pues no podía negarse a aceptar el desafío delante de sus capitanes». Luchó con el gran martillo Grond, que a cada golpe abría un gran hoyo, y derribó a Fingolfin; pero mientras moría, Fingolfin clavó el gran pie de Morgoth a la tierra, «y la sangre manó negra y humeante y llenó los boquetes abiertos por Grond. En adelante Morgoth cojeó siempre». Del mismo modo, cuando Beren y Lúthien, adoptando la forma de un lobo y un murciélago, se abrieron camino hasta la más recóndita estancia de Angband, donde se encontraba Morgoth, Lúthien le arrojó un hechizo: y «de pronto Morgoth cayó, como un monte que se derrumba, y lanzado como un rayo fuera del trono quedó postrado boca abajo sobre los suelos del infierno. La corona se le salió de la cabeza y rodó con gran estrépito».

La maldición de este ser, que puede afirmar que «la sombra de mi propósito se extiende sobre Arda [la Tierra], y todo lo que hay en ella cede lenta e inexorablemente ante mi voluntad», es distinta de las maldiciones o imprecaciones de los seres mucho menos poderosos. Morgoth no está «invocando» el mal o la calamidad sobre Húrin y sus hijos, no está «clamando» a un poder superior como

agente, sino que él, «Amo de los destinos de Arda», como se llama a sí mismo ante Húrin, pretende provocar la ruina de su enemigo mediante la fuerza de su gigantesca voluntad. De este modo, «diseña» el futuro de aquellos a quienes odia, y así le dice a Húrin: «Pero sobre todos los que tú ames *mi pensamiento* pesará como *una nube fatídica*, envolviéndolos en oscuridad y desesperanza».

El tormento que concibió para Húrin fue «ver con los ojos de Morgoth». Mi padre explicó lo que eso significaba: si alguien era obligado a mirar con los ojos de Morgoth «vería» (o recibiría en su mente desde la mente de Morgoth) una imagen completamente creíble de los acontecimientos, pero distorsionada por la malicia infinita de Morgoth; y si había alguien capaz de rechazar el mandato de Morgoth, desde luego no era Húrin. Esto se debía en parte, según contó mi padre, a que el amor y la angustia que sentía respecto a los suyos le hacían desear saber cuanto pudiera de ellos, independientemente de la fuente de la que proviniera esa información; y en parte al orgullo, al creer que había vencido a Morgoth, y que podía no ver con los ojos de Morgoth o, cuando menos, conservar su razón crítica y distinguir entre la realidad objetiva y la malicia.

Durante toda la vida de Túrin desde que partió de Dor-lómin, y durante toda la vida de su hermana Niënor, que nunca vio a su padre, éste fue el destino de Húrin, permanecer sentado inmóvil en un lugar elevado de Thangorodrim con una amargura creciente inspirada por su torturador.

En la historia de Túrin, que se dio a sí mismo el nombre de Turambar «Amo del Destino», la maldición de Morgoth parece verse como un poder desatado, destinado a producir el mal, y en busca de víctimas; de este modo, se dice que el propio Vala caído temía que Túrin «creciera hasta adquirir tal poder, que la maldición que había arrojado sobre él se volviera hueca, y escapara del destino dispuesto para él» (p. 130). Y después, en Nargothrond, Túrin ocultó su verdadero nombre, y se enfadó cuando Gwindor lo reveló: «Me has perjudicado, amigo, por haber mencionado mi verdadero nombre, y atrayendo así sobre mí el destino del que quería ocultarme». Ha-

bía sido el propio Gwindor quien le había hablado a Túrin del rumor que corría en Angband, donde había estado prisionero, de que Morgoth había arrojado una maldición sobre Húrin y todo su linaje. Pero ahora ante la ira de Túrin replicó: «el destino está en ti mismo, no en tu nombre».

Tan esencial es este complejo concepto dentro de la historia que mi padre propuso incluso un título alternativo: *Narn e-'Rach Morgoth*, «La historia de la maldición de Morgoth». Y su opinión al respecto se refleja en estas palabras: «Así concluyó la historia de Túrin el desdichado; la peor de las obras de Morgoth entre los Hombres en el mundo antiguo».

Cuando Bárbol camina por el bosque de Fangorn llevando a Merry y Pippin uno en cada brazo, les canta sobre lugares que ha conocido en tiempos remotos, y de los árboles que allí crecían:

*En los sauzales de Tasarinan yo me paseaba en primavera.
 ¡Ah, los colores y el aroma de la primavera en Nan-tasarion!
 Y yo dije que aquello era bueno.
 Recorrí en el verano los olmedos de Ossiriand.
 ¡Ah, la luz y la música en el verano junto a los Siete Ríos de Ossir!
 Y yo pensé que aquello era mejor.
 A los hayales de Neldoreth vine en otoño.
 ¡Ah, el oro y el rojo y el susurro de las hojas en el otoño de
 Taur-na-Neldor!
 Yo no había deseado tanto.
 A los pinares de la meseta de Dorthonion subí en invierno.
 ¡Ah, el viento y la blancura y las ramas negras del invierno en
 Orod-na-Thôn!
 Mi voz subió y cantó en el cielo.
 Y todas aquellas tierras yacen ahora bajo las olas,
 y caminé por Ambarona, y Tauremorna, y Aldalómë,
 y por mis propias tierras, el país de Fangorn,
 donde las raíces son largas.
 Y los años se amontonan más que las hojas
 en Tauremornalómë.*

La memoria de Bárbol, «Ent nacido de la tierra, viejo como las montañas» era verdaderamente antigua. Estaba recordando viejos bosques del gran país de Beleriand, que fue destruido en los tumultos de la Gran Batalla al final de los Días Antiguos. El Gran Mar se vertió sobre él y anegó todas las tierras al oeste de las Montañas Azules, denominadas Ered Luin y Ered Lindon: por este motivo, el mapa que acompaña *El Silmarillion* termina al este con esa cordillera, mientras que el que acompaña *El Señor de los Anillos* termina al oeste con la misma cordillera; y las tierras costeras más allá de las montañas que en ese mapa se denominan Forlindon y Harlindon (Lindon del Norte y Lindon del Sur) eran lo único que quedaba en la Tercera Edad del país llamado Ossiriand, Tierra de los Siete Ríos, y también Lindon, por cuyos olmedos paseara antaño Bárbol.

También caminó entre los grandes pinos de las tierras altas de Dorthonion («Tierra bajo los Pinos»), que posteriormente se llamó Taur-nu-Fuin, «el Bosque bajo la Noche», cuando Morgoth lo convirtió en «una región de terror y encantamientos oscuros, de vagabundeos y desesperación» (p.133); y llegó a Neldoreth, el bosque septentrional de Doriath, reino de Thingol.

Fue en Beleriand y las tierras al norte de la misma donde se cumplió el terrible destino de Túrin; y en efecto, tanto Dorthonion como Doriath, por donde caminó Bárbol, fueron cruciales en su vida. Nació en un mundo en guerra, aunque era todavía un niño cuando se libró la última y mayor de las batallas de las guerras de Beleriand. Un breve esbozo de cómo sucedió responderá las preguntas que surjan y explicará las referencias que aparecen en el curso de la narración.

Los límites septentrionales de Beleriand estaban formados al parecer por las Ered Wethrin, las Montañas de la Sombra, detrás de las cuales se extendía el país de Húrin, Dor-lómin, que formaba parte de Hithlum, mientras por el este, Beleriand se extendía hasta los pies de las Montañas Azules. Las tierras que quedan más al este rara vez aparecen en la historia de los Días Antiguos, sin embargo, los pueblos que aparecen en esta historia llegaron precisamente del este por los pasos de las Montañas Azules.

Los Elfos aparecieron en la Tierra en el lejano oriente, junto a un lago denominado Cuiviénen, Agua del Despertar; desde allí, fueron convocados por los Valar a abandonar la Tierra Media y, atravesando el Gran Mar, llegar al «Reino Bienaventurado» de Aman, en el extremo occidental del mundo, la tierra de los Dioses. Quienes aceptaron el llamamiento fueron guiados en una gran marcha a través de la Tierra Media desde Cuiviénen por el Vala Oromë, el Cazador, y son conocidos como Eldar, los Elfos del Gran Viaje, los Altos Elfos: son distintos de quienes, desoyendo la convocatoria, escogieron la Tierra Media como lugar de destino. Se trata de los «Elfos menores», llamados Avari, los Renuentes.

Pero no todos los Eldar, aunque cruzaron las Montañas Azules, atravesaron luego el Gran Mar; y los que se quedaron en Beleriand se denominan Sindar, los Elfos Grises. Su rey era Thingol (que significa «Capagrís»), quien gobernaba desde Menegroth, las Mil Cavernas de Doriath. Por otra parte, no todos los Eldar que atravesaron el Gran Mar se quedaron en la tierra de los Valar, porque uno de sus grandes linajes, los Noldor (los «Sabios»), regresó a la Tierra Media, y se los llama los Exiliados. El primer impulsor de la rebelión contra los Valar fue Fëanor, «Espíritu de Fuego»: era el hijo mayor de Finwë, que había conducido a la hueste de los Noldor desde Cuiviénen, pero ahora estaba muerto. Mi padre explicó así este acontecimiento fundamental en la historia de los Elfos en el Apéndice A de *El Señor de los Anillos*:

Fëanor fue el más grande de los Eldar en el ejercicio de las artes y de las ciencias, pero también el más orgulloso y el que menos se dejó regir por otra voluntad que la suya. Fabricó las Tres Joyas, los *Silmariilli*, e incluyó en ellas el fulgor de los Dos Árboles, Telperion y Laurelin, que iluminaban la tierra de los Valar. Morgoth el Enemigo codiciaba las Joyas, y las robó después de destruir los Árboles, las llevó consigo a la Tierra Media y las ocultó en su gran fortaleza de Thangorodrim [las montañas sobre Angband]. En contra de la voluntad de los Valar, Fëanor abandonó el Reino Bienaventurado y se exilió a la Tierra Media, arrastrando consigo a gran parte de su pueblo; porque,

en su orgullo, se propuso arrebatarse las Joyas a Morgoth por la fuerza. Después de eso, tuvo lugar la desdichada guerra de los Eldar y los Edain contra Thangorodrim, en la que fueron por fin totalmente derrotados.

Fëanor murió en combate, poco después del regreso de los Noldor a la Tierra Media, y sus siete hijos conservaron grandes extensiones de tierra al este de Beleriand, entre Dorthonion (Taur-nu-Fuin) y las Montañas Azules; pero su poder fue destruido en la terrible Batalla de las Lágrimas Innumerables, que se describe en «Los hijos de Húrin», y, desde entonces, «los hijos de Fëanor erraban como hojas en el viento» (p. 55).

El segundo hijo de Finwë fue Fingolfin (el hermanastro de Fëanor), quien era considerado señor supremo de todos los Noldor. Él y su hijo Fingon gobernaban Hithlum, que se encontraba al norte y el oeste de la gran cordillera de Ered Wethrin, las Montañas de la Sombra. Fingolfin residía en Mithrim, junto al gran lago de ese nombre, mientras que Fingon permanecía en Dor-lómin, al sur de Hithlum. Su fortaleza principal era Barad Eithel (la Torre de la Fuente) en Eithel Sirion (Fuente del Sirion), donde nacía el río Sirion, en la cara oriental de las Montañas de la Sombra. Sador, el viejo sirviente tullido de Húrin y Morwen, sirvió como soldado allí durante muchos años, tal como le contó a Túrin (pp. 37-38). Después de la muerte de Fingolfin en combate singular contra Morgoth, Fingon se convirtió en supremo rey de los Noldor en su lugar. Túrin lo vio una vez, cuando él «y muchos de sus señores habían cabalgado por Dor-lómin y habían cruzado el puente de Nen Lalaith, resplandecientes de blanco y plata» (p. 36).

El segundo hijo de Fingolfin era Turgon. Al principio, después del regreso de los Noldor, vivió en la casa llamada Vinyamar, junto al mar, en la región de Nevrast, al oeste de Dor-lómin; pero construyó en secreto la ciudad escondida de Gondolin, que se alzaba en una colina en medio de la llanura denominada Tumladen, completamente rodeada por las Montañas Circundantes, al este del río Sirion. Cuando Gondolin estuvo construida, al cabo de muchos años

de trabajos, Turgon abandonó Vinyamar y moró con su pueblo, compuesto tanto de Noldor como de Sindar, en Gondolin; y, durante siglos, este hermosísimo reducto élfico permaneció en el mayor secreto, con su única entrada oculta y muy vigilada, para que ningún forastero pudiera entrar allí jamás; y Morgoth fue incapaz de descubrir dónde se encontraba. Hasta que se libró la Batalla de las Lágrimas Innumerables, cuando ya habían pasado más de trescientos cincuenta años desde que dejara Vinyamar, Turgon no salió con su gran ejército de Gondolin.

El tercer hijo de Finwë, hermano de Fingolfin y hermanastro de Fëanor, era Finarfin. Él no regresó a la Tierra Media, pero sus hijos y su hija se unieron a las huestes de Fingolfin y sus hijos. El primogénito de Finarfin era Finrod, que, inspirado por la magnificencia y la belleza de Menegroth en Doriath, fundó la ciudad fortaleza subterránea de Nargothrond, por lo que se lo llamó Felagund, que en la lengua de los Enanos significa «Señor de las Cavernas» o «Cavador de Cavernas». Las puertas de Nargothrond se abrían a la garganta del río Narog, en Beleriand Occidental, donde ese río discurría entre las altas colinas llamadas Taur-en-Faroth, o el Alto Faroth; pero el reino de Finrod se extendía a lo ancho y lo largo, por el este hasta el río Sirion, y por el oeste hasta el río Nening, que desembocaba en el mar a través del puerto de Eglarest. Sin embargo, Finrod murió en las mazmorras de Sauron, principal sirviente de Morgoth, y Orodreth, el segundo hijo de Finarfin, accedió al trono de Nargothrond: esto tuvo lugar el año siguiente al nacimiento de Túrin en Dor-lómin.

Los otros hijos de Finarfin, Angrod y Aegnor, vasallos de su hermano Finrod, moraban en Dorthonion, hacia el norte, en la vasta planicie de Ard-galen. Galadriel, hermana de Finrod, vivió mucho tiempo en Doriath con Melian, la reina. Melian era una Maia, un espíritu de gran poder que adoptó forma humana y habitó en los bosques de Beleriand con el rey Thingol: fue la madre de Lúthien, y antepasada de Elrond. No mucho antes del regreso de los Noldor de Aman, cuando los grandes ejércitos de Angband se dirigieron al sur y entraron en Beleriand, Melian (en palabras de *El Silmarillion*)

«desplegó su poder y cercó todo aquel dominio [los bosques de Neldoreth y Region] con un muro invisible de sombra y desconcierto: la Cintura de Melian, que nadie podía atravesar sin permiso de Melian, o del rey Thingol, a no ser que tuviera un poder más grande que el de Melian, la Maia». En adelante, ese país se llamó Doriath, «la Tierra del Cerco».

En el sexagésimo año después del regreso de los Noldor, una gran hueste de Orcos salió de Angband acabando así con muchos años de paz, aunque fue derrotada y destruida por completo por los Noldor. A ese enfrentamiento se le denominó *Dagor Aglareb*, la Batalla Gloriosa; pero los señores de los Elfos tomaron nota, y establecieron el Sitio de Angband, que duró casi cuatrocientos años.

Se dice que los Hombres (a quienes los Elfos llamaban *Atani* «los Segundos» y *Hildor* «los Seguidores») aparecieron en el lejano este de la Tierra Media hacia finales de los Días Antiguos; pero de los primeros inicios de su historia, los Hombres que entraron en Beleriand en los días de la Larga Paz, cuando Angband estaba sitiada y sus puertas cerradas, nunca hablaron. El caudillo de esos primeros hombres que cruzaron las Montañas Azules se llamaba Bëor el Viejo; y a Finrod Felagund, rey de Nargothrond, que fue el primero en encontrarse con ellos, Bëor le dijo: «Una oscuridad se extiende detrás de nosotros; le hemos dado la espalda, y no deseamos volver a ella ni siquiera con el pensamiento. Nuestros corazones se han vuelto hacia Occidente, y creemos que allí encontraremos la Luz». Sador, el viejo sirviente de Húrin, le habló del mismo modo a Túrin en su infancia (p. 38). Pero después se dijo que, cuando Morgoth supo del surgimiento de los Hombres, abandonó Angband y se fue hacia el este; y que los primeros Hombres que entraron en Beleriand «se habían lamentado y rebelado contra el Poder Oscuro, y fueron cruelmente perseguidos y oprimidos por aquellos que lo adoraban y sus sirvientes».

Estos hombres pertenecían a tres Casas, conocidas como la Casa de Bëor, la Casa de Hador y la Casa de Haleth. El padre de Húrin, Galdor el Alto, era de la Casa de Hador, del que era hijo, pero su

madre era de la Casa de Haleth, mientras que Morwen, su esposa, era de la Casa de Bëor y estaba emparentada con Beren.

El pueblo de las Tres Casas eran los *Edain* (la forma sindarin de *Atani*), y se los llamaba Amigos de los Elfos. Hador vivió en Hithlum y el rey Fingolfin le dio el señorío de Dor-lómin; el pueblo de Bëor se instaló en Dorthonion; en la misma época, el pueblo de Haleth moraba en el Bosque de Brethil. Después del final del Sitio de Angband, Hombres de diferentes clases cruzaron las montañas; normalmente se los denominaba Orientales, y algunos de ellos desempeñaron un importante papel en la historia de Túrin.

El Sitio de Angband terminó con un terrible ataque repentino (aunque preparado durante mucho tiempo) en pleno invierno, 395 años después de que empezara. Morgoth lanzó ríos de fuego que bajaron desde Thangorodrim, y la gran llanura cubierta de hierba de Ard-galen, que se extendía al norte de las tierras altas de Dorthonion, se convirtió en un yermo agostado y baldío, que en adelante se conoció con un nuevo nombre, *Anfauglith*, el Polvo Asfixiante.

Este catastrófico ataque fue conocido como *Dagor Bragollach*, la Batalla de la Llama Súbita. Glaurung, Padre de los Dragones, emergió de Angband entonces por primera vez con todo su poder; vastos ejércitos de Orcos marcharon hacia el sur; los señores élficos de Dorthonion murieron, junto con una gran parte de los guerreros del pueblo de Bëor. El rey Fingolfin y su hijo Fingon se vieron obligados a retroceder con los guerreros de Hithlum hasta la fortaleza de Eithel Sirion, en el este, frente a las Montañas de la Sombra, y en su defensa murió Hador Cabeza Dorada. Entonces, Galdor, padre de Húrin, se convirtió en señor de Dor-lómin, porque la barrera de las Montañas de la Sombra detuvo los torrentes de fuego, y Hithlum y Dor-lómin no fueron conquistadas.

En el año posterior a la Bragollach, Fingolfin, furioso y desesperado, cabalgó a Angband y desafió a Morgoth. Al cabo de dos años, Húrin y Huor fueron a Gondolin. Cuatro años más tarde, en un nuevo ataque sobre Hithlum, el padre de Húrin, Galdor, murió defendiendo la fortaleza de Eithel Sirion: Sador estuvo allí, tal como

le contó a Túrin (p. 38), y vio a Húrin (entonces un joven de veintiún años) «hacerse cargo del señorío y el mando».

Todas estas cosas estaban frescas en la memoria de Dor-lómin cuando nació Túrin, nueve años después de la Batalla de la Llama Súbita.

NARN I CHÎN HÚRIN

La historia de los hijos de Húrin



CAPÍTULO I

LA INFANCIA DE TÚRIN

Hador Cabeza Dorada era señor de los Edain y amado por los Eldar. Vivió, mientras duraron sus días, bajo el señorío de Fingolfin, que le concedió vastas tierras en la región de Hithlum llamada Dor-lómin. Su hija Glóredhel se casó con Haldir, hijo de Halmir, señor de los Hombres de Brethil; y en la misma fiesta su hijo Galdor el Alto desposó a Hareth, la hija de Halmir.

Galdor y Hareth tuvieron dos hijos, Húrin y Huor. Húrin era tres años mayor, pero de menor estatura que otros hombres de su estirpe; en eso había salido al pueblo de su madre, pero en todo lo demás era como Hador, su abuelo, fuerte de cuerpo y de ánimo fiero. En él, el fuego ardía sin pausa, y tenía gran fuerza de voluntad. De todos los Hombres del Norte, nadie conocía como él los designios de los Noldor. Huor, su hermano, era alto, el más alto de todos los Edain a excepción de su propio hijo Tuor, y muy veloz en carrera; pero si la carrera era dura y prolongada, Húrin era quien primero llegaba a la meta, porque corría con tanto empuje al final como al principio. Ambos hermanos se querían mucho y en su juventud rara vez se separaron.

Húrin desposó a Morwen, la hija de Baragund, hijo de Bregolas, de la Casa de Bëor; era por tanto pariente cercana de Beren el Manco. Morwen era alta y de cabellos oscuros, y, por la luz de su mirada y la hermosura de su rostro, los hombres la llamaban Eledhwen, la de élfica belleza; no obstante era de temple algo severo y orgullosa. Los pesares de la Casa de Bëor habían entristecido su corazón; porque fue como exiliada a Dor-lómin desde Drothonion después del desastre de la Batalla de Bragollach.

Túrin era el nombre del hijo mayor de Húrin y Morwen, y nació el año en que Beren llegó a Doriath y encontró a Lúthien Tinúviel, hija de Thingol. Morwen le dio a Húrin también una hija, a la que llamaron Urwen; pero todos los que la conocieron durante su breve vida, la llamaban Lalaith, que significa Risa.

Huor desposó a Rían, la prima de Morwen; era la hija de Belegund, hijo de Bregolas. Un duro destino hizo que Rían naciera en aquellos días, porque era gentil de ánimo y no le gustaban la caza ni la guerra. Amaba los árboles y las flores silvestres, y cantaba y componía canciones. Dos meses sólo había estado casada con Huor cuando él partió con su hermano a la Nirnaeth Arnoediad, y nunca volvió a verlo.

Pero ahora la historia vuelve a Húrin y Huor en los días de su juventud. Se dice que, durante un tiempo, los hijos de Galdor vivieron en Brethil como hijos adoptivos de Haldir, su tío, según la costumbre de los Hombres del Norte en aquellos días. Con frecuencia, junto con los Hombres de Brethil, luchaban contra los Orcos, que ahora hostigaban las fronteras septentrionales de su tierra; porque Húrin, a pesar de tener sólo diecisiete años, era fuerte, y Huor, el más joven, era ya tan alto como la mayoría de los hombres crecidos de ese pueblo.

En una ocasión, Húrin y Huor iban con una compañía de exploradores que cayó en una emboscada de Orcos dispersándose, y los hermanos fueron perseguidos hasta el vado de Brithiach. Allí habrían sido capturados o muertos, pero el poder de Ulmo, aún era fuerte en las aguas del Sirion. Se dice que una niebla se levantó del

río y los ocultó de sus enemigos, y así pudieron escapar por Bri-thiach hasta Dimbar. Allí, con grandes dificultades, erraron entre las colinas, bajo los muros escarpados de las Crissaegrim, hasta que fueron confundidos por los engaños de esa tierra y ya no supieron cuál era el camino de ida ni el de regreso. En ese lugar los vio Thorondor, que envió dos de sus Águilas en su ayuda; las Águilas los tomaron y los llevaron más allá de las Montañas Circundantes hasta el valle secreto de Tumladen y la ciudad escondida de Gondolin, que ningún Hombre había visto todavía.

Cuando supo a qué linaje pertenecían, el rey Turgon les dio la bienvenida; porque Hador era amigo de los Elfos, y Ulmo, además, había aconsejado a Turgon que tratara con bondad a los hijos de esa Casa, de quienes obtendría ayuda cuando llegasen momentos de necesidad. Húrin y Huor vivieron como huéspedes en la casa del rey durante casi un año; y se dice que, en ese tiempo, Húrin, que era de mente rápida y ansiosa, aprendió mucho de la ciencia de los Elfos, y algo entendió también de los juicios y propósitos del rey. Porque Turgon llegó a sentir un gran afecto por los hijos de Galdor, y conversaba mucho con ellos; y en verdad deseaba retenerlos en Gondolin por amor, no sólo por la ley que exigía que ningún forastero, fuera éste Elfo u Hombre, que encontrara el camino al reino secreto o contemplara la ciudad, nunca pudiera marcharse ya de allí hasta que el rey no abriera el cerco y el pueblo oculto saliera de ella.

Pero Húrin y Huor deseaban regresar con su gente, y compartir con ellos las guerras y pesares que ahora los afligían. Y Húrin le dijo a Turgon:

—Señor, sólo somos Hombres mortales, distintos de los Eldar. Ellos pueden pasar muchos años esperando batirse con sus enemigos algún día distante, pero nuestro tiempo es corto, y nuestra esperanza y fuerza pronto se marchitan. Además, nosotros no encontramos el camino a Gondolin y en realidad no sabemos dónde está esta ciudad, pues fuimos traídos con miedo y asombro por los elevados caminos del aire, y nos concedieron la gracia de velar nuestros ojos.

Entonces Turgon accedió, y dijo:

—Si Thorondor está dispuesto, podéis partir por el camino por el que vinisteis. Me apena esta separación; sin embargo, según las cuentas de los Eldar, puede que volvamos a vernos dentro de poco.

Pero Maeglin, el hijo de la hermana del rey, que era poderoso en Gondolin, no lamentó en absoluto que partiesen; les reprochaba el favor del rey, pues no sentía amor alguno por el linaje de los Hombres; y le dijo a Húrin:

—La gracia del rey es mayor de lo que crees, y algunos podrían extrañarse de que la severa ley se suavice por dos insignificantes hijos de los Hombres. Sería más seguro que se quedaran a vivir aquí como sirvientes hasta el final de sus días.

—Grande es en efecto la gracia del rey —respondió Húrin—, y si nuestra palabra no basta, pronunciaremos un juramento.

Los hermanos juraron no revelar nunca los designios de Turgon, y mantener en secreto todo lo que habían visto en su reino. Entonces se despidieron, y las Águilas fueron por la noche y se los llevaron, y los depositaron en Dor-lómin antes del amanecer. Sus parientes se regocijaron al verlos, pues los mensajeros llegados de Brethil los daban por perdidos; pero ellos no quisieron revelar ni siquiera a su padre dónde habían estado, salvo que habían sido rescatados en el páramo por las Águilas, que los habían llevado a casa.

Pero Galdor preguntó:

—¿Habéis vivido entonces un año a la intemperie? ¿O acaso las Águilas os albergaron en sus nidos? Sin embargo encontrasteis alimentos y vestidos hermosos, y volvéis como jóvenes príncipes, no como abandonados en el bosque.

—Conténtate, padre —respondió Húrin—, con que hayamos regresado; pues sólo por un voto de silencio nos fue permitido hacerlo. Ese juramento todavía nos ata.

Entonces Galdor no les hizo más preguntas, pero él y muchos otros adivinaron la verdad. Porque tanto el voto de silencio como las Águilas apuntaban a Turgon.

Fueron pasando los días, y la sombra del miedo de Morgoth se alargaba. Pero en el año cuatrocientos sesenta y nueve después del

retorno de los Noldor a la Tierra Media hubo una nueva esperanza entre los Elfos y los Hombres, porque corrió el rumor entre ellos de las hazañas de Beren y Lúthien, y de la vergüenza sufrida por Morgoth en su propio trono, en Angband, y algunos decían que Beren y Lúthien vivían aún, o que habían regresado de entre los muertos. Aquel mismo año, los grandes designios de Maedhros estuvieron casi completos, y, con la renovación de las fuerzas de los Eldar y los Edain, el avance de Morgoth se detuvo y los Orcos fueron expulsados de Beleriand. Entonces, algunos empezaron a hablar de las victorias por venir y de una revancha inminente de la Batalla de Bragollach cuando Maedhros condujera a las huestes unidas, expulsara a Morgoth bajo tierra y sellara las Puertas de Angband.

Pero los más juiciosos estaban aún intranquilos, temiendo que Maedhros revelara sus fuerzas crecientes demasiado pronto y se le diera así tiempo a Morgoth de armarse contra él.

—Siempre habrá algún nuevo mal incubándose en Angband para los Elfos y los Hombres —decían.

En otoño de ese año, como para corroborar esas palabras, un viento maligno llegó desde el norte bajo cielos cargados. Se lo llamó el Mal Aliento, porque era pestilente; y muchos enfermaron y murieron ese mismo otoño en las tierras septentrionales que bordeaban el Anfauglith, y eran en su mayoría niños o jóvenes de las casas de los Hombres.

Ese año, al comienzo de la primavera, Túrin, hijo de Húrin, tenía tan sólo cinco años, y Urwen, su hermana, tres. Cuando corría por los campos, sus cabellos eran como los lirios amarillos en la hierba, y su risa como el alegre sonido del arroyo que bajaba cantando de las colinas y pasaba junto a los muros de la casa de su padre. Nen Lalaith se llamaba ese arroyo, y, por él, toda la gente de la casa llamó Lalaith a la niña; y sentían alegría en sus corazones mientras ella vivió.

Pero Túrin no era tan querido. Tenía los cabellos oscuros, como su madre, y también prometía tener la misma disposición de ánimo; pues no era alegre, y hablaba poco, aunque aprendió a hacerlo pronto, y pareció siempre mayor de lo que era. Túrin tardaba en ol-

vidar la injusticia o la burla; pero el fuego de su padre ardía también en él, y podía ser brusco y fiero. No obstante, era rápido para la compasión, y el dolor o la tristeza de las criaturas vivientes podían conmoverlo hasta las lágrimas; y también en eso era como su padre, porque Morwen era tan severa con los demás como consigo misma. Túrin amaba a su madre porque ella le hablaba de un modo directo y claro; pero a su padre lo veía poco, porque Húrin pasaba a menudo largas temporadas fuera de casa, con las huestes de Fingon, que guardaban las fronteras orientales; y cuando volvía, sus rápidos parlamentos, salpicados de palabras extrañas y de dobles sentidos, lo desconcertaban e inquietaban. En ese tiempo, todo el calor de su corazón lo volcaba en Lalaith, su hermana, pero rara vez jugaba con ella, y prefería observarla sin que ella se diera cuenta, y vigilarla mientras la niña corría por la hierba o bajo los árboles, o cantaba las canciones que los niños de los Edain inventaran hacía mucho tiempo, cuando la lengua de los Elfos todavía era nueva en sus labios.

—Lalaith es bella como una niña Elfa —decía Húrin a Morwen—; pero más efímera, ¡ay! Y por ello más bella, quizá, o más querida.

Y Túrin, al oír esas palabras, meditó sobre ellas, pero no las entendió. Porque nunca había visto a un niño Elfo. Ninguno de los Eldar vivía en ese tiempo en las tierras de su padre, y sólo en una ocasión los había visto, cuando el rey Fingon y muchos de sus señores habían cabalgado por Dor-lómin y habían cruzado el puente de Nen Lalaith, resplandecientes de blanco y plata.

Pero antes de que acabara el año, la verdad de las palabras de su padre se confirmó; porque el Mal Aliento llegó a Dor-lómin, y Túrin cayó enfermo y yació mucho tiempo presa de una fiebre y un sueño tenebroso. Y cuando sanó, porque tal era su destino y la fuerza de la vida que había en él, preguntó por Lalaith. Pero el aya respondió:

—No menciones más la palabra Lalaith, hijo de Húrin; en cuanto a tu hermana Urwen debes pedir nuevas a tu madre.

Y cuando Morwen fue a verlo, Túrin le dijo:

—Ya no estoy enfermo, y deseo ver a Urwen; pero ¿por qué no debo decir nunca más la palabra Lalaith?

—Porque Urwen está muerta y ya no hay risa en esta casa —res-

pondió ella—. Pero tú vives, hijo de Morwen; y también el Enemigo que nos ha hecho esto.

No le dio más consuelo a él del que ella misma se daba, pues se enfrentaba al dolor en silencio y con el corazón frío. Húrin en cambio se lamentaba abiertamente, y tomó el arpa y habría querido componer una elegía; sin embargo no pudo; quebró el arpa y, saliendo fuera, alzó las manos hacia el norte, gritando:

—¡Tú que desfiguras la Tierra Media, querría verme contigo cara a cara y desfigurarte como hizo mi señor Fingolfin!

Pero Túrin lloró amargamente solo por la noche, aunque nunca más pronunció ante Morwen el nombre de su hermana. A un solo amigo se volvió en ese trance, y le habló de su dolor y del vacío de la casa. Este amigo se llamaba Sador, un criado al servicio de Húrin; era tullido y de poca relevancia. Había sido leñador y, por mala suerte o un error de su hacha, ésta le había rebanado el pie derecho, y la pierna sin pie se le había marchitado. Túrin lo llamaba Labadal, que significa «Paticujo», aunque el nombre no disgustaba a Sador, pues le era dado por piedad, no por desprecio. Sador residía en los edificios anexos, fabricando o arreglando cosas de escaso valor que se precisaban en la casa, porque tenía cierta habilidad para trabajar la madera. Túrin le llevaba lo que necesitaba, para ahorrarle así esfuerzos a su pierna, y a veces también en secreto, alguna herramienta o trozo de madera que encontraba sin vigilancia, si pensaba que podía ser de utilidad para su amigo. Entonces Sador sonreía, pero le pedía que devolviera esos regalos a su sitio.

—Da con prodigalidad, pero da sólo de lo tuyo —decía.

Recompensaba en la medida de sus fuerzas la bondad del niño, y tallaba para él figuras de hombres y de animales; sin embargo, Túrin se deleitaba sobre todo con las historias de Sador, porque había sido joven en la época de la Bragollach y ahora gustaba de recordar los breves días en que había sido un hombre entero, antes de convertirse en un mutilado.

—Ésa se dice que fue una gran batalla, hijo de Húrin. Fui convocado por la necesidad de aquel año, y abandoné mis tareas en el bosque, pero no estuve en la Bragollach; de lo contrario, hubiese

podido ganarme mi herida con más honor. Llegamos demasiado tarde, salvo para traer de regreso el catafalco del viejo señor, Hador, que cayó defendiendo al rey Fingolfin. Después fui soldado, y estuve durante muchos años en Eithel Sirion, el gran fuerte de los reyes élficos; o así me lo parece ahora, pues los grises años transcurridos desde entonces poco tienen que los destaque. En Eithel Sirion estaba yo cuando el Rey Negro lo atacó, y Galdor, el padre de tu padre, era allí el capitán en sustitución del rey. Fue muerto en ese ataque; y entonces vi a tu padre hacerse cargo del señorío y el mando, aunque apenas había alcanzado la edad viril. Se dice que había un fuego en él que le calentaba la espada en la mano. Siguiéndolo, hicimos que los Orcos mordieran el polvo, y desde ese día nunca se han atrevido a dejarse ver cerca de las murallas. Pero, ¡ay!, mi amor por la lucha se había saciado, pues había visto ya bastantes heridas y sangre derramada, y obtuve permiso para volver a los bosques que tanto echaba de menos. Y allí recibí mi herida; porque el hombre que huye de lo que teme acaba comprobando que sólo ha tomado un atajo para encontrarse con ello.

De este modo le hablaba Sador a Túrin a medida que éste iba creciendo; y Túrin empezó a hacer muchas preguntas que a Sador le era difícil responder, ya que pensaba que otros más próximos debían ser quienes lo instruyeran. Un día Túrin le preguntó:

—¿Se asemejaba en verdad Lalaith a una niña Elfa, como decía mi padre? Y ¿a qué se refería cuando dijo que ella era más efímera?

—Seguramente sí —respondió Sador a su primera pregunta—; porque en su temprana juventud, los hijos de los Hombres y los de los Elfos se parecen mucho. Pero los hijos de los Hombres crecen más de prisa, y su juventud pasa pronto; tal es nuestro destino.

—¿Qué es el destino? —quiso saber entonces Túrin.

—En cuanto al destino de los Hombres —explicó Sador— tienes que preguntar a los que son más sabios que Labadal. Pero como todos podemos ver, envejecemos pronto y morimos; y, por desgracia, muchos encuentran la muerte incluso antes. En cambio, los Elfos no envejecen y no mueren, salvo a causa de una gran herida. De heridas y penas que matarían a los Hombres ellos pueden curarse;

y dicen algunos que, después de que sus cuerpos hayan desaparecido, pueden volver. No sucede lo mismo con nosotros.

—Entonces ¿Lalaith no volverá? —preguntó Túrin—. ¿Adónde ha ido?

—No volverá —contestó Sador—. Pero adónde ha ido nadie lo sabe; o yo no lo sé.

—¿Ha sido siempre así? ¿O somos víctimas de alguna maldición del rey malvado, quizá, como el Mal Aliento?

—No lo sé. Nuestro pasado es oscuro, y de él nos han llegado muy pocas historias. Puede que los padres de nuestros padres hubiesen podido contar algo, pero no lo hicieron. Incluso sus nombres están olvidados. Las Montañas se interponen entre nosotros y la vida de los que vinieron, huyendo nadie sabe de qué.

—¿Tenían miedo? —preguntó Túrin.

—Puede ser —respondió Sador—. Puede que huyéramos del temor a la Oscuridad sólo para hallarla aquí, delante de nosotros, y sin otro sitio adonde huir, excepto el Mar.

—Nosotros ya no tenemos miedo —dijo Túrin—, no todos. Mi padre no tiene miedo, y yo no lo tendré; o, cuando menos, haré como mi madre: tendré miedo pero no dejaré que se note.

A Sador le pareció entonces que los ojos de Túrin no eran los ojos de un niño, y pensó: «El dolor produce un temple duro». Pero en voz alta dijo:

—Hijo de Húrin y Morwen, lo que pasará con tu corazón, Labadal no puede adivinarlo, pero rara vez y a muy pocos mostrarás lo que hay en él.

Entonces Túrin contestó:

—Quizá sea mejor no decir lo que se desea, si no puede obtenerse, pero yo desearía, Labadal, ser uno de los Eldar. Así Lalaith podría regresar y yo estaría aquí todavía, aunque ella hubiera recorrido un largo camino. Prestaré servicio como soldado de un rey Elfo tan pronto como pueda, igual que hiciste tú, Labadal.

—Puedes aprender mucho de ellos —dijo Sador, y suspiró—. Son un pueblo bello y maravilloso, y tienen poder sobre los corazones de los Hombres. Y, sin embargo, a veces me parece que habría sido

mejor que nunca nos hubiéramos encontrado con ellos, y que hubiéramos transitado caminos más humildes. Porque los Elfos poseen un conocimiento antiguo; y son orgullosos y resistentes. A su luz nosotros nos vemos apagados, o ardemos con una llama demasiado viva, y el peso de nuestro destino nos abrumba entonces todavía más.

—Pero mi padre los ama —dijo Túrin—, y no es feliz sin ellos. Dice que de los Elfos hemos aprendido casi todo lo que sabemos, y así nos hemos convertido en un pueblo más noble; y dice que los Hombres que han cruzado últimamente las Montañas apenas son mejores que Orcos.

—Eso es verdad —respondió Sador—; verdad, al menos en algunos de nosotros. Pero el ascenso es penoso, y desde arriba es fácil caer.

Por ese tiempo, en el mes de gwaeron según el cómputo de los Edain, del año que no puede olvidarse, Túrin tenía casi ocho años. Corrían ya rumores entre sus mayores de una gran concentración de tropas y reclutamientos de fuerzas, de los que él nada sabía; aunque advertía que su padre lo miraba fijamente con frecuencia, como un hombre que mira algo querido de lo que debe separarse.

Ahora bien, Húrin, que conocía el coraje y la lengua prudente de Morwen, hablaba a menudo con ella de los designios de los reyes Elfos, y de lo que podría acaecer, para bien o para mal. Su corazón estaba lleno de esperanza, y temía poco las consecuencias de la batalla, porque no le parecía que fuerza alguna de la Tierra Media pudiese superar el poder y el esplendor de los Eldar.

—Han visto la Luz del Oeste —decía—, y al final la Oscuridad ha de desaparecer de sus rostros.

Morwen no lo contradecía; porque en compañía de Húrin la esperanza siempre parecía lo más probable. Pero también en su estirpe había quienes conocían la tradición élfica, y se decía a sí misma: «Pero, ¿no han abandonado la Luz acaso, y no han sido apartados de ella? Quizá los Señores del Oeste ya no los tienen presentes; ¿cómo pueden entonces, aun siendo ellos los Hijos Mayores, vencer a uno de los Poderes?».

Ninguna duda semejante parecía perturbar a Húrin Thalion; no obstante, una mañana de la primavera de ese año despertó apesadumbrado, como tras un sueño agitado, y una nube apagaba su brillo ese día; al anochecer dijo de pronto:

—Cuando sea convocado, Morwen Eledhwen, dejaré a tu cuidado al heredero de la Casa de Hador. La vida de los Hombres es corta, y en ella hay múltiples infortunios, aun en tiempos de paz.

—Eso siempre ha sido así —respondió ella—. Pero ¿qué hay bajo tus palabras?

—Prudencia, no duda —la tranquilizó Húrin; sin embargo, parecía perturbado—, pero quien mire hacia adelante, ve que las cosas no permanecerán siempre así. Habrá una gran conmoción, y una de las partes caerá más bajo de lo que está ahora. Si son los reyes de los Elfos los que sucumben, no ha de irles bien a los Edain; y nosotros somos los que vivimos más cerca del Enemigo. Esta tierra podría caer bajo su dominio. Pero si las cosas van mal, no te diré entonces: «¡No tengas miedo!». Porque tú sólo temes lo que ha de ser temido y nada más; y el miedo no te arredra. Pero si te digo ahora: «¡No esperes!». Yo volveré contigo en cuanto pueda, pero ¡no esperes! Ve al sur tan de prisa como te sea posible; yo te seguiré y daré contigo aunque tenga que registrar toda Beleriand.

—Beleriand es grande, y no hay hogar en ella para los exiliados —objetó Morwen—. ¿Adónde he de huir, con pocos o con muchos? Entonces Húrin meditó un rato en silencio.

—En Brethil están los parientes de mi madre —respondió—. Se halla a unas treinta leguas a vuelo de pájaro.

—Si ese infortunado momento llega realmente, ¿qué ayuda se podría esperar de los Hombres? —dijo Morwen—. La Casa de Bëor ha caído. Si la gran Casa de Hador cae también, ¿a qué agujeros podría arrastrarse el pequeño Pueblo de Haleth?

—A los que puedan encontrar —respondió Húrin—. No dudes de su valor, aunque sean pocos y no instruidos. ¿En qué otra parte hay esperanza?

—No mencionas Gondolin —comentó Morwen.

—No, porque ese nombre nunca ha salido de mis labios —dijo

Húrin—. No obstante, es cierto lo que has oído: he estado allí. Pero también te digo, y es la verdad lo que nunca he dicho a nadie ni diré a nadie en el futuro: no sé dónde se encuentra.

—Pero lo supones, y tus suposiciones son bastante correctas, creo —insistió ella.

—Puede que así sea —dijo Húrin—, pero a menos que el propio Turgon me liberara de mi juramento, no podría decir lo que supongo, ni siquiera a ti; y por tanto tu búsqueda sería vana. Y si, para mi vergüenza, hablara, en el mejor de los casos sólo llegarías ante una puerta cerrada; porque, a no ser que Turgon vaya a la guerra (y de eso nada se ha oído hasta ahora, y no hay esperanzas de que así ocurra) nadie puede entrar.

—Entonces, si no hay esperanza en tus parientes y tus amigos te niegan —concluyó Morwen—, debo seguir mis propios designios; y lo que a mí se me ocurre es Doriath.

—Siempre apuntas demasiado alto —comentó Húrin.

—¿Demasiado alto, dices? —replicó Morwen—. Yo creo que la Cintura de Melian será la última defensa en romperse; y por otra parte, la Casa de Bëor no será despreciada en Doriath. ¿No soy ahora pariente del rey? Beren, hijo de Barahir, era nieto de Bregor, como lo era también mi padre.

—Mi corazón no se inclina hacia Thingol —reflexionó Húrin—. Ninguna ayuda ha de tener de él el rey Fingon; y no sé qué sombra me oscurece el espíritu cuando se nombra Doriath.

—Al nombre de Brethil también mi corazón se oscurece —dijo Morwen.

Entonces, de súbito, Húrin se echó a reír, y exclamó:

—Aquí estamos, discutiendo cosas que están fuera de nuestro alcance, y sombras surgidas de sueños. Las cosas no irán tan mal, pero si así ocurre realmente, a tu coraje y tu juicio queda todo encomendado. Haz entonces lo que tu corazón te indique, pero hazlo pronto. Y si alcanzamos nuestra meta, los reyes de los Elfos están decididos a devolver todos los feudos de la Casa de Bëor a sus herederos; y tú lo eres, Morwen, hija de Baragund. Poseeremos entonces extensos señoríos, y nuestro hijo recibiría una gran herencia.

Sin la malicia del norte dispondría de una gran riqueza, y sería un rey entre los Hombres.

—Húrin Thalion —dijo Morwen—, esto es lo que veo: tú tienes altas miras, pero yo temo la decadencia.

—Eso es lo peor que puedes temer —le respondió Húrin.

Esa noche, Túrin se despertó a medias, y le pareció que su padre y su madre estaban en pie junto a su cama, y lo miraban a la luz de las velas que llevaban consigo; pero no pudo verles la cara.

La mañana del cumpleaños de Túrin, Húrin le dio a su hijo un regalo, un cuchillo labrado por los Elfos, cuya empuñadura y vaina eran negras y de plata; y le dijo:

—Herederó de la Casa de Hador, he aquí un regalo. Pero ¡ten cuidado! Es una hoja amarga y este acero sirve sólo a aquellos que pueden empuñarlo. Es tan capaz de cortarte a ti una mano como de atacar a tus enemigos.—Y, subiendo a Túrin a una mesa, besó a su hijo y añadió—: Así ya me sobrepasas, hijo de Morwen; pronto serás igualmente alto sobre tus propios pies. Ese día, muchos serán los que teman tu hoja.

Entonces Túrin salió corriendo de la estancia para estar solo, y en su corazón sentía un calor como el del sol sobre la tierra fría que es capaz de hacer que crezca. Se repitió a sí mismo las palabras de su padre, «Herederó de la Casa de Hador»; pero otras palabras le vinieron también a la mente: «Da con prodigalidad, pero da sólo de lo tuyo». Y fue al encuentro de Sador y exclamó:

—¡Labadal, es mi cumpleaños, el cumpleaños del herederó de la Casa de Hador! Y te he traído un regalo para celebrarlo. He aquí un cuchillo justo como el que tú necesitas; cortará todo lo que quieras, incluso algo tan delgado como un cabello.

Entonces Sador se sintió turbado, porque sabía muy bien que Túrin había recibido ese cuchillo ese día como regalo. Pero los Hombres consideraban ofensivo rechazar un regalo dado libremente, viniera de quien viniese. Le habló con gravedad:

—Desciendes de una estirpe generosa, Túrin, hijo de Húrin. Yo no he hecho nada que iguale tu regalo, y no espero hacerlo en los

días que me quedan; pero lo que esté en mi mano lo haré. —Y cuando Sador sacó el cuchillo de la vaina, dijo—: Es un verdadero regalo: una hoja de acero élfico. Mucho tiempo he echado en falta tocarla.

Húrin pronto se dio cuenta de que Túrin no llevaba el cuchillo, y le preguntó si su advertencia le había hecho temerlo. Entonces Túrin respondió:

—No; pero se lo he dado a Sador, el carpintero.

—¿Desprecias pues el regalo de tu padre? —preguntó Morwen.

—No, pero quiero a Sador, y siento piedad por él —respondió Túrin.

Entonces Húrin dijo:

—Poseías tres regalos para dar, Túrin: amor, piedad y el cuchillo de todos el menos valioso.

—Sin embargo —objetó Morwen—, dudo que Sador se los merezca. Se ha mutilado a sí mismo por torpeza, y es lento en el trabajo, porque pierde mucho tiempo en innecesarias bagatelas.

—Ten piedad de él, pese a todo —le aconsejó Húrin—. Una mano honesta y un corazón sincero también pueden equivocarse; y el daño autoinfligido puede ser más duro de sobrellevar que la obra de un enemigo.

—Bien, pero ahora tendrás que esperar para tener una nueva hoja —le dijo Morwen a Túrin—. Así el regalo será un verdadero regalo, y a tus expensas.

No obstante, Túrin advirtió que Sador era tratado con más amabilidad desde entonces, y se le encargó una gran silla para que el señor se sentara en ella en la sala.

Una mañana brillante del mes de lothron, Túrin fue despertado por súbitas trompetas. Corrió hacia las puertas y vio, en el patio, a muchos hombres a pie o a caballo, todos completamente armados, como si fueran a partir a la guerra. Allí estaba también Húrin, que hablaba con los hombres y daba órdenes. Túrin se enteró de que ese día partían para Barad Eithel. Aquéllos eran guardias y hombres de la casa de Húrin, pero todos los hombres de sus tierras que no

eran imprescindibles también habían sido convocados. Algunos habían partido ya con Huor, el hermano de su padre; y muchos otros se unirían al Señor de Dor-lómin en el camino para, agrupados bajo su estandarte, seguirlo hasta el gran acantonamiento del rey.

Entonces Morwen se despidió de Húrin sin derramar lágrimas, y dijo:

—Cuidaré de lo que me dejas en custodia, tanto de lo que es como de lo que será.

Húrin le respondió:

—Adiós, Señora de Dor-lómin; cabalgamos ahora con más esperanzas de las que hayamos tenido nunca. ¡Pensemos que, en mitad del invierno, la fiesta será la más alegre de todas cuantas hayamos gozado en todos nuestros años de vida, y que le seguirá una primavera libre de temores!

Luego levantó a Túrin sobre sus hombros, y gritó a sus hombres:

—¡Que el heredero de la Casa de Hador vea la luz de vuestras espadas!



De inmediato, el sol resplandeció sobre cincuenta hojas, y en el patio resonó el grito de guerra de los Edain del Norte: «¡*Lacho calad!* ¡*Drego morn!* ¡Resplandezca el día! ¡Huya la noche!».

Entonces, Húrin montó de un salto, el estandarte dorado se desplegó y las trompetas resonaron de nuevo en la mañana. Así partió Húrin Thalion a la Nirnaeth Arnoediad.

Morwen y Túrin se quedaron inmóviles ante las puertas, hasta que, a lo lejos, oyeron la débil llamada de un único cuerno en el viento: Húrin había atravesado la colina, desde detrás de la cual ya no se podía ver la casa.